

Un llamado a la reflexión

Sociedades icónicas*

*Adriana Karszenbaum***

SE TRATA DE UN LIBRO y tres textos; tres análisis que nos invitan a reflexionar acerca de la presencia de las imágenes en las sociedades actuales, contemporáneas. Pero no se trata de un análisis de “la sociedad”, término por demás abstracto, sino de la presencia que las imágenes tienen en la sociedad capitalista, por lo tanto se trata de una obra que contribuye al análisis del sistema.

No es la primera vez que los intelectuales nos proponemos estudiar la dinámica del capitalismo que tiene ya una gran carga de historicidad, empezando por los llamados “padres” de la sociología (Marx, Weber y Durkheim). En este caso se trata de un estudio que nos introduce a las siguientes preguntas: ¿es posible mostrar la pertinencia del pasado en el presente mediante la introducción de la historia en el estudio de las imágenes? Los autores nos introducen en el estudio y en la reflexión sobre la presencia de los iconos en esta modernidad. Recordemos, por ejemplo, el 11 de septiembre de 2001. Nadie que haya visto por televisión la destrucción de las Torres Gemelas olvidará jamás esas imágenes, y es probable que a los responsables del ataque les interesara más el impacto directo en los millones de espectadores que en las víctimas directas. No olvidemos además que la búsqueda de una prueba de la responsabilidad de Osama Ben Laden en el ataque se centra en un video. ¿Hay algo en el mundo que no sea comunicación a través de las imágenes?

* *Sociedades icónicas. Historia, ideología y cultura en la imagen*, Diego Lizarazo (coord.), Siglo XXI Editores, México, 2007.

** Profesora de Historia de la Universidad Iberoamericana, León, Guanajuato.

El comienzo de la era de la televisión, en la década de 1950, llamó la atención sobre la comunicación visual (antes lo había hecho la radio sobre la comunicación auditiva, que llevó a preguntas sobre los mundos orales de la antigüedad y el medioevo, entre otros) y estimuló el surgimiento de la teoría interdisciplinaria de los medios de comunicación. Hubo contribuciones procedentes del campo de la economía, la historia, la literatura, el arte, la ciencia política, la psicología, la sociología y la antropología, que condujeron al surgimiento de departamentos académicos de comunicación y estudios culturales. Y si hacemos un poco de historia, nos damos cuenta de que la comunicación visual es un fenómeno más antiguo de lo que en general se reconoce. Por ejemplo, en la pintura de Tintoretto (1518-1594) conocida como *El milagro del esclavo liberto*, aparece la figura de San Marcos como el superman de los cómics de cuatro siglos más tarde, zambulléndose desde el cielo para rescatar a un cristiano cautivo.

Mas allá de estas continuidades que podemos mencionar, y por supuesto muchas más, *Sociedades icónicas* se centra en lo que las imágenes comunican en esta sociedad contemporánea que nos toca vivir.

Después de leer el texto, son válidas las siguientes preguntas: ¿podemos afirmar que todo ha ido peor?, ¿podemos suponer de que ha habido “progreso continuo”?, ¿es la tecnología la que determina “lo social”?, ¿qué comunican las imágenes? Y si comunican, ¿cuál es la intención de su mensaje?

Debemos rechazar la idea de que todo se ha movido en una sola dirección; de hecho los textos nos invitan a profundizar en esta idea.

Asimismo, las intenciones de las imágenes como comunicadoras de algo necesitan estar en todo momento relacionadas con el contexto en el cual operan, junto con los mensajes que comunican, y éstas también tienen historia. Una forma importante de comunicación, en verdad de propaganda política, en el mundo antiguo, sobre todo en la Roma de Augusto, fueron las imágenes y en especial las estatuas. Este arte oficial romano influyó en la iconografía de la Iglesia temprana, cuya imagen de Cristo “en majestad”, por ejemplo, era una adaptación de la imagen del emperador. Para los cristianos, las imágenes constituían un medio de información y a la vez un medio de persuasión. Como dijo el teólogo griego Basilio de Cesarea (330-379) “los artistas hicieron tanto por la religión con sus imágenes como

los oradores con su elocuencia”; y un abad del siglo VIII dijo: “los Evangelios fueron escritos en palabras, pero los iconos están escritos en oro”.

En la Edad Media el arte era didáctico. La gente aprendía de las imágenes todo lo que era necesario que supiera: la historia del mundo desde la creación, los dogmas de la religión, los ejemplos de los santos, la jerarquía de las virtudes, la variedad de ciencias, artes y oficios: todo esto se les enseñaba mediante las vidrieras de las iglesias o mediante las estatuas del pórtico. Claro que se trataba de una cultura esencialmente oral, mientras que en el análisis de nuestra cultura no debemos olvidar –a propósito del contexto– que se trata de una cultura de la escritura. En los siglos XIII y XIV se desarrolló lo que se llamaría “retratos”. Luego aparece la imprenta y ya hablamos de una cultura de la escritura, donde la imagen tiene cada vez más presencia.

Entonces surgen más preguntas junto con las anteriores: ¿cuál es la naturaleza y alcance de esta presencia?, ¿son políticas, económicas, psicológicas?, ¿favorecen la democracia o la dictadura? Esta sociedad icónica ¿estimula la lectura y la empatía con los otros o el retiro a un mundo privado?, las consecuencias de las imágenes varían de acuerdo con el contexto social o cultural?

El debate está abierto: es la intención de *Sociedades icónicas*. Podemos decir, entonces, que esta obra es un análisis para que el desencanto actual no triunfe, pues esta es una preocupación presente.

El primer texto, “Imágenes de la blanquitud”, corresponde a la autoría de Bolívar Echeverría, quien introduce este concepto de *blanquitud*. Recordemos un párrafo del historiador francés François Furet –en el libro *El pasado de una ilusión*–, quien señala:

[...] la burguesía, categoría social definida por lo económico, enarbola en sus banderas valores universales. El trabajo [...] define a la humanidad entera. Constituye lo que es poseído por el hombre más elemental [...] presupone la libertad fundamental de cada uno de esos individuos e igual en todos, la libertad de darse una existencia mejor, agrandando sus propiedades y sus riquezas. Así, el burgués se considera liberado de la tradición [religiosa y política, es decir, sin historicidad, no tiene tiempo histórico, de eso también nos habla Diego] e indeterminado, como puede serlo un hombre libre e igual en derechos a todos los demás. Rige su conducta con base en el porvenir (no tiene pasado, sólo

futuro) ya que debe inventarse a sí mismo e inventar a la comunidad de la que forma parte [...] Y lo vemos blandiendo en el teatro del mundo (¿ficción?) la libertad, la igualdad, los derechos del hombre: en suma, la autonomía del individuo contra todas las sociedades de dependencia que habían aparecido antes que él. ¿Y cuál es la asociación nueva que propone? Una sociedad que ponga en común lo mínimo para vivir, ya que su principal deber es garantizar a sus miembros el libre ejercicio de sus actividades privadas y el goce asegurado de lo que han adquirido. Lo demás es cosa de cada quien: los asociados deben tener la religión que escojan, sus propias ideas del bien y del mal, son libres de buscar sus placeres así como los fines particulares que asignen sus existencias, siempre que respeten las condiciones del contrato mínimo que los liga a sus conciudadanos. De este modo el burgués se deslinda de la idea del bien común. El burgués es un individuo separado de sus semejantes, encerrado en sus intereses y en sus bienes.

A esta definición que caracteriza a la clase dominante de la sociedad capitalista liberal, Bolívar Echeverría nos propone profundizar en su espíritu plasmado en la imagen y lo llama “blanquitud”, que implica un comportamiento, una mirada, una imagen que constituye al burgués y lo distingue. Blanquitud remite a una práctica racista, antisemita, intolerante, desigual, individualista, que le otorga una identidad, una manera de ser, su rasgo “civilizatorio”. La blanquitud implica la aceptación y el sometimiento a la lógica de la acumulación del mercado capitalista; por eso, dice el autor, Condoleeza Rice, secretaria de Estado de Estados Unidos (afroamericana) y Alejandro Toledo, presidente peruano (indígena), no son “blancos” pero participan de la blanquitud. Esta imagen ética está por supuesto acompañada de una idea racial, pues se piensa en “el negro” —o tal vez lo indicado sea decir “lo negro”— para abarcar a todos los que no entran en esta imagen, en palabras de Jean Meyer (*Esclavos y negreros*, p. 163): “como símbolo del error, de la nada, de lo que no existe. El negro es la negación de la luz: fue atribuido al autor de todo mal, y de toda falsedad. El blanco es el símbolo de la divinidad o de Dios. El negro es el símbolo del espíritu del malo, del dominio. El blanco significa la belleza suprema. El negro, la falsedad. El blanco es el símbolo de la inocencia. El negro de la culpabilidad, del pecado o de la degradación moral. El blanco, color fastuoso, indica la felicidad. El negro, color nefasto, indica la desgracia. El combate del bien contra el mal

se indica simbólicamente con la oposición del negro colocado junto al blanco”, claro que no se trata del negro y del blanco de United Colors of Benetton. “¡Cosas veredes, amigo Sancho!”, dijo Don Quijote.

El segundo texto de Diego Lizarazo, “Encantamiento de la imagen y extravío de la mirada en la cultura contemporánea”, nos remite al desencanto de la modernidad que, con su falsa práctica de la tolerancia, nos educa para construir nuestra identidad en los contrastes, entonces la idea de encantamiento va ligada a la de desencanto. No le vamos a negar al autor que en este inicio de nuevo siglo y nuevo milenio muchas cosas no están claras, no lo está la escena internacional ni los peligros a los que se enfrenta el mundo. No sabemos qué nos depara el futuro. Percibimos un desorden global de naturaleza poco clara, y sin ningún mecanismo para poner fin al desorden o mantenerlo controlado. La razón de esta impotencia no reside sólo en la profundidad de la crisis mundial y en su complejidad, sino también en el aparente fracaso de todos los programas, nuevos y viejos, para manejar o mejorar los asuntos de la especie humana.

Podemos afirmar que el texto es una larga poesía provocadora de conciencias. ¿Ya no buscamos la inmortalidad?, ¿qué entendemos en esta modernidad por tiempo? Eduardo Galeano dice que somos tiempo y Lizarazo nos invita a reflexionar sobre este bombardeo de imágenes que nos hacen vivir inmersos en la inmediatez, en el presentismo, sumergidos en la ausencia del tiempo ¿significa que vivimos sin memoria, sin historia, sin identidad, sin nuestras intuiciones, sin nuestros sentidos? Entonces debemos buscar las paradojas que nos rodean y nos invitan a reflexionar como los museos, sitios guardadores de memoria y de identidad.

El último texto de esta obra pertenece a Pablo Lazo y se titula “La per-versión semántica de las imágenes en la sociedad multicultural”. El autor se pregunta ¿qué significa realizar una hermenéutica de las imágenes en la sociedad global multicultural? Frente al vaciamiento de significado que las imágenes imponen para homogeneizar el consumo, uno de los principales objetivos de la sociedad capitalista, el autor nos propone desde el trabajo hermenéutico resignificar el vacío desde nuestras prácticas cotidianas que, inmersas en nuestras culturas, heterogeneizan la sociedad que quiere imponer la igualdad situada en el consumo. Debemos analizar las imágenes como parte del aparato ideológico del Estado, y el trabajo hermenéutico es un

instrumento indispensable para esto. Y desde este análisis encontrar las grietas que nos pueden conducir a cuestionar estas relaciones de dominación y sus redes de poder.

Finalmente, esta obra no puede decirnos si la humanidad puede resolver los problemas a los que se enfrenta en el mundo contemporáneo. Pero nos puede ayudar a comprender en qué consisten algunos de ellos y tal vez cómo solucionarlos. Puede decirnos también que no podemos posponer el debate acerca de lo que el sistema capitalista nos ofrece y de cuán pobre ha sido hasta hoy la capacidad de comprensión que este sistema propone de los seres humanos. La historia es entre otras cosas el registro de los crímenes y de las locuras de la humanidad. No podemos hacer profecías.

Sociedades icónicas no nos da razones para sentirnos esperanzados sobre el futuro, pero no podemos negar la posibilidad de que la situación llegue a ser más prometedora si reflexionamos sobre ella. Vivimos en un mundo cautivo, desarraigado y transformado por el colosal proceso económico y técnico-científico del desarrollo del capitalismo, y esto está demostrado en estas sustanciosas 90 páginas. Pero este proceso no se prolongará por siempre. No sabemos a dónde vamos, la historia nos trajo hasta aquí y si la humanidad ha de tener un futuro no será prolongando el pasado o el presente. Como dije al inicio: el debate está abierto; esta es la invitación que la obra nos hace.